

ahí queda Hipólito, no te apures y también puedes contar con Ladurin.

Dos horas después de ocurrir todo esto apeábase del ómnibus en la estación de Saint-Lazare y tomaba un billete de tercera para Trouville.

IX

Conforme á lo que dijera Hipólito á Rosa Godin el día que ésta marchó á Trouville, los dominios de Morville estaban desconocidos. Quedaba el castillo que habian restaurado y conservado con todos los miramientos debidos á esa tan curiosa reliquia, y á su lado elevábase un suntuoso palacio, lo que hacía que el castillo quedase reducido al estado de un pequeño pabellón. Durante los veinte años transcurridos, la fortuna de los Kerhoët, ó mejor dicho la de Valentina Fontanet, había aumentado de una manera considerable y dirigido todo por el Notario señor Durand, el mismo en cuyo Estudio estaba empleado como pasante Pedro Raguanel, y gracias á la inteligencia y probidad del guía, llegó ese caudal á alcanzar una cifra mayor de la que indicamos al principio.

En 1878 poseía la Condesa más de cien mil francos de renta sin contar el castillo de

Morville y las grandes praderas convertidas en un precioso parque admirablemente trazado que no producian nada.

Jorge de Kerhoët, hijo único, era uno de los mejores partidos, y la elevada posición de su padre, á la sazón Vicealmirante, lo mismo que la cuantiosa fortuna de su madre, permitíanle aspirar á la mano de las más nobles y opulentas herederas.

A los pocos días de emprender Rosa Godin su viaje, el calor expulsó de los boulevares á todos los que podían disponer de un poco de libertad en el fondo de su portamonedas, para pedir aire y frescura á las brisas del mar, ó á los ventisqueros de Suiza y de los Pirineos.

Trouville estaba lleno de gente, Villers, Beuzeval, Houlgate y Cabourg, parecían inmensos hormigueros. En las casas había más gente de la que podían contener, y en los hoteles no se encontraba ni un solo cuarto desocupado.

En la carretera numerosos coches de todas clases levantaban nubes de polvo. Uno de esos coches salió á las dos de una elegante villa de Deauville, dirigiéndose hacia el camino de Pont-le-Evêque, arrastrado al trote por dos jaquitas de sangre que recorrían rápidamente la distancia.

Una señora que frisaba en los cuarenta y cinco años, dirigía con nerviosa mano el coche, y en cuya trasera veíase un lacayo con lujosa librea marrón con botones dorados, en los que se destacaba una corona ducal.

La dueña del coche no debía haber sido muy hermosa, pero en sus ojos grises brillaba una mirada inteligente y viva. Sus cabellos estaban casi blancos, conociéndose que habían encanecido demasiado de prisa y servían de remate á un rostro poco correcto como boceto de escultor muy apresurado, mas en él traslucíase la franqueza y una bondad brusca y ruda.

Luisa Escoubére, hija de un tratante en granos de Marsella, prima de los Fontanet, compañera de colegio de Valentina, que tenía algunos años menos que su protectora en el convento, se trataba con mucha intimidad con la condesa de Kerhoët, y en su casa conoció al duque de Rouévres, con el que casó antes de cumplir los veintinueve años.

En esa época estaba el Duque completamente arruinado y se consideró muy dichoso al poder restaurar sus deslucidos blasones con los millones del tratante de trigos provenzales.

El Duque, que había sido presentado á Valentina por una de sus amigas, hizo en los salones de la Condesa la corte á Luisa Escoubére con una galantería tan refinada que la joven se dejó engañar, aparte de que no se hacía ninguna ilusión, porque creía á su espejo, cuando éste contestaba á sus interrogatorios, diciéndola que no era bonita y que lo que buscaban eran sus millones y no su persona.

Deslumbróla el título de Duque, y al se-

ñor de Rouévres, que era muy apuesto y seductor, y que además ostentaba un noble apellido había inspirado más de una pasión, y no le costó gran trabajo hacerse querer de la huérfana que se acercaba á la edad madura. Si Luisa se hubiese tomado la molestia de enterarse antes, averiguara cosas muy curiosas, entre ellas, que su Duque estaba enlazado por parentesco con las familias más nobles, formaba parte de una reunión de calaveras que no respetaba nada, por sagrado que fuese, siendo su único objeto entregarse por completo al placer bajo cualquier forma que se presentase.

Tuvo, sin embargo, la suerte de que su Notario, obrando con mucha previsión, la salvó de una ruina segura haciendo que el contrato se estipulase bajo unas condiciones que dejaban á Luisa la administración de su fortuna. Poco tiempo tardó en comprender que se había engañado, y que el Duque se casó con su fortuna, y que no hacía caso de su persona, y por parte de su esposo sólo recibió alguna que otra, y muy escasa satisfacción, lo que en el fondo no la sorprendió, porque Luisa era de esas mujeres que saben hacerse justicia.

Pasó algunos años antes de que consiguiese poner en orden los embrollados negocios del Duque, realizó grandes economías, consiguió que desapareciese el déficit, y cuando lo hubo logrado, habló de la siguiente manera al noble disipador:

—He pagado, amigo, todas vuestras deudas,

y os quedan unos treinta mil francos de renta, y de ellos podéis disponer para vuestros placeres y gastos. En adelante pienso sostener la casa con mis recursos personales, y espero que este arreglo os satisfará, pues no deseo otra cosa más sino que estéis contento.

Al oír esto el Duque se inclinó besando la mano de su esposa con una gracia tan galante, que un Richelieu ó un Lauzun no habrían desdeñado.

—Sois una perla de infinito valor,—contestó.

Desde aquel día el pacto se ejecutó fielmente por una y otra parte, y el Duque vivió con una libertad, ó mejor dicho, con una licencia, que no conocía freno de ninguna clase.

El Duque había tenido una hermana que fue muy desgraciada durante su corta vida, pues casada con un conde Restaud, que era uno de esos jugadores á los que domina ese vicio hasta la ceguera, su marido la arruinó gastando toda su fortuna, y levantándose la tapa de los sesos el día en que perdió el último billete de mil francos. La pobre señora, á la que no sólo había arruinado, sino hasta maltratado, precedióle algunos días, muriendo poco antes, á consecuencia de una enfermedad del pecho. De este matrimonio tan desgraciado no quedó más que una hija, la que habriase visto sola y sin ningún recurso en el mundo, á no proporcionarle la Providencia, en la persona de su tía, la duquesa de Rouévres un amparo maternal.

Fuése ésta en busca de la niña, que por entonces no tenía más que seis años, y llevándola á su casa encargóse de su educación, que adelantó mucho porque Elena estaba dotada de un espíritu precoz que se asimilaba á todo, y á creer á las notas del colegio, daba muestras de gran aplicación.

Era la primera en todo y por todo, en la música como en las labores, en idioma lo mismo que en aritmética, casi un genio diminuto y con faldas; pero entre sus compañeras no tenía fama de ser muy cariñosa.

Elena tenía la cualidad, entre otras varias, de ocultar los grandes defectos de su corazón bajo engañosas apariencias, y era una mujer encantadora, ó mejor, el encanto personificado viviente, que tratándose de su tía y ante ésta, mostrábase perfecta envolviéndola con sus caricias y deslumbrándola con la dulzura de sus adulaciones.

Tenía Elena poca estatura, era más bien bajita, muy blanca, rubia y un poco gruesa, muy cuidadosa de su persona, hasta en los menores detalles, siempre sonriente, indolente en la forma y en las actitudes, muelle é hipócrita, ardiente cual brasa oculta bajo la ceniza, cubierta de flores en la superficie, llena de llamas en el interior, y constituía, para las personas poco observadoras que no llevan su examen más allá de la superficie, la encarnación de la gracia y de la dulzura.

Para aquellos que van más allá y analizan todos los detalles de una fisonomía, no pasaba desapercibido que de vez en cuando cru-

zaba por sus ojos verdes un reflejo metálico, un fulgor extraño que les comunicaba una expresión de dureza extraordinaria. Era muy peligroso oponerse á sus deseos, y para conseguir lo que se proponía, todos los medios la parecían buenos, y Elena de Restaud no tenía más que uno; pero se había aferrado á él con tanta tenacidad como un ancla en el fondo fangoso del mar.

Pronto sabremos qué proyecto era ese.

Al llegar delante de la casa de Godin el carruaje de la Duquesa se internó en un camino enarenado y sombreado por dos hileras de olmos. No era aquel sendero áspero y lleno de surcos hechos por las lluvias, que recorrieran veinte años atrás el capitán Kerhoët y el doctor Montel, sino un camino ancho, al que para suavizar la pendiente habíanle hecho seguir una espiral á través de los prados, convertidos en parterre, en el que de trecho en trecho veíanse grupos de floridas plantas y bosquecillos de árboles.

No habían querido los condes de Kerhoët quedarse atrás ante las maravillas que surgían en las arenosas playas de Deauville, evocadas por la varilla de un encantador, y su palacio era espléndido, rodeándole magníficos jardines y bosques, y no estaba expuesto á desaparecer en el Sahara de una playa caprichosa y movediza.

Á los pocos minutos las jaquitas de la Duquesa se detuvieron al pie de un peristillo. Apeóse la Duquesa con mucha lentitud, púsose los lentes sobre la aguiluña nariz, diri-

gió una mirada de curiosidad hacia los alrededores, y viendo á un portero de gran librea que se asomó á la puerta del vestíbulo:

—¿Y Valentina?—le preguntó.

—La señora Condesa ha salido,—contestó el criado inclinándose.

—¿A dónde ha ido?

—La señora Condesa no me lo dijo.

—¿Y Jorge?

—El señor Jorge está paseando por el campo.

—Y como de costumbre habrása llevado su caballete y sus pinceles.

—La señora Duquesa lo adivinó.

—¿Cómo! ¿Me conocéis?—replicó la señora de Rouévres.—No he visto nunca vuestra cara.

—Sólo hace tres meses que entré á servir aquí.

—Y yo acabo de pasar cuatro en Marsella, de modo que todo se explica. Aquí han cambiado todo de arriba á abajo.

—No hace más que tres semanas que acabaron todos los trabajos.

—Está muy bien todo ello, ¿y el Almirante? ¿Qué es de ese intrépido navegante?

—Se le espera de un momento á otro.

Inclinóse el criado.

—Vengo á tiempo y caigo como el maná en el desierto.

—Si la señora Duquesa quiere pasar al salón y descansar...

—No tengo ningún inconveniente.

Subió los escalones con paso algún tanto varonil, cruzó el vestibulo y entró en un inmenso salón en el que se respiraba un aire fresco gracias á estar muy entornadas las ventanas y corridas las persianas.

—¡Oh! ¡Qué bien se está aquí!—exclamó sentándose en un diván.— Es una lástima que no haya nadie.

—¡Ah! ¡Se me había olvidado!—dijo el criado al oír los lejanos acordes de un piano.— Está arriba la señorita Marta, y si la señora Duquesa quiere verla iré á avisarla.

La Duquesa hizo un ademán para detenerle antes de que saliese del salón.

—¿Quién es esa señorita Marta?— preguntó.

—¿No conoce la señora Duquesa á la señorita Marta?

—¿Cómo os llamáis?

—José, para servir á la señora Duquesa.

—No conozco ni de vista á esa señorita.

—Es extraño, ¿la señora Condesa no dijo nada?

—Estuve viajando. Estuve en el Mediodía, os lo repito otra vez.

—Ya me extrañaba que la señora Condesa no hubiese dicho nada, porque desde que entré en esta casa oí decir que no tiene secretos para la señora Duquesa.

—¿Y quién es esa señorita Marta? ¿Qué clase de persona?

—La lectora y señorita de compañía.

—¡Oh! ¿Valentina tomó una señorita de compañía?

—Sí, señora.

—¿Y desde cuándo?

—Hará poco más ó menos unos cuatro meses.

—¿Qué reservada! Y no me había dicho nada antes de que me marchase; pero, ¿de dónde viene y quién es esa joven?

—Una joven á la que la señora Condesa trajo de Inglaterra.

—¿Qué edad tiene esa señorita Marta?

—No tiene arriba de veinte años.

—¡Vaya! Pues me va interesando esa joven; ¿decís que es una huérfana, señor José?

—Así parece, señora Duquesa.

—¿Es muy linda?

—La señora puede juzgar por sí misma.

—¿Rubia ó morena?

—Entre los dos, tiene el pelo castaño claro.

—¿Alta?

—Más bien baja, señora Duquesa, muy delgada y débil.

—¿Guapa y bien formada?

El portero de estrados se pavoneó:

—¿Puedo tener opinión acerca de ese punto?—contestó.

Calóse los lentes la duquesa de Rouévres y le miró con esa impertinencia de las grandes señoras para las que los criados no significan nada.

—No sois tonto,—dijo,—y puede que hagáis vuestro camino. Hacedme el favor de ir en busca de la señorita Marta, á quien tengo grandes deseos de conocer.]

Inclinóse José y salió del salón.

Admirábala que su amiga no la hubiese dicho nada de ese proyecto ni de la huérfana, porque Valentina la trataba con intimidad, y generalmente no la ocultaba nada.

El proyecto que tanto acariciaba Elena de Restaud, la sobrina de la Duquesa, era precisamente el de casarse con Jorge de Kerhoët, y con seguridad que la entrada de una huérfana de veinte años en la familia del Almirante, no constituía un peligro inmediato para los proyectos de la bella Elena, como la llamaban sus admiradores, pero en el fondo era una imprudencia, y la presencia de la recién llegada causó bastante inquietud á la Duquesa.

Aquella mañana había manifestado Elena á la Duquesa sus temores y su poca seguridad en el porvenir; amaba á Jorge con toda la pasión de que era capaz su alma, se creía amada, y después de cambiarse hacia algunos meses amorosas promesas, observó que el carácter y manera de presentarse del que consideraba como á su prometido, habían cambiado bastante.

Tenía Jorge veinticinco años y no reunía quizás todas las condiciones que se exigen á un joven muy atildado; pero en cambio poseía carácter varonil y bastante talento para halagar la vanidad de la señorita Restaud, gracia para complacerla, y al mismo tiempo que un apellido ilustre que le abría todas las puertas, una fortuna cuantiosa que le permitía sostener su esplendor.

Elena lanzó sus redes sobre esa presa, y la intimidad que existía entre las dos familias, permitía visitas casi continuas y favorecía esas relaciones, y desde hacía mucho tiempo los dos jóvenes encontrábanse en todas partes, tratándose, además, con la confianza propia de dos hermanos.

En cuanto á Jorge, habíase dedicado nada más que á la pintura, habiendo conseguido que admitiesen sus cuadros en el Salón ó Exposición oficial, y obtenido una tercera medalla, lo que le había dado cierta notoriedad como pintor.

Conforme á lo que manifestara Elena á la Duquesa, Jorge, que poco antes daba muestras de estar muy enamorado, había cambiado, mostrándose más reservado y enigmático, por lo que la Duquesa concibió algunas dudas y quiso averiguar si tenían ó no fundamento.

¿A qué obedecía ese cambio? ¿A qué ese silencio y esos aires tan sombríos con que de vez en cuando presentábase Jorge?

Su ardiente sangre meridional empezaba á impacientarse, cuando se abrió una puerta en el fondo del salón, y en su umbral se presentó una joven vestida con mucha sencillez.

Al verla tranquilizóse inmediatamente la señora de Reuévres.

—¡Encantadora! ¡Perfecta!—murmuró.—Aspecto modesto, exquisita sencillez. Fisonomía que no dice nada. Hay que confesar que Valentina tiene buena mano.

—Según me dijeron deseabais verme, se-

hora Duquesa, — dijo sonriendo la joven.

—Sí, me hablaron de vos, y me considero dichosa al veros.

—La señora Condesa no tardará mucho en volver. Está en los lindes del parque adónde fue á visitar á unos aldeanos vecinos, y si lo deseáis, iré á buscarla.

—No, hija mía, es inútil, porque si queréis hacerme compañía, me parecerá más corto el tiempo.

Al mismo tiempo que esto sucedía, observaba la Duquesa á hurtadillas, y cada vez se consideraba más satisfecha, pues la señorita de compañía no era de esas que pueden inspirar á primera vista sospechas á una mujer recelosa.

Animaba, sí, su rostro, una amable sonrisa; la sonrisa triste y suplicante de la joven desvalida que pide protección, la comunicaba cierto encanto y lo iluminaba á la manera que un rayo de sol da realce á un paisaje vulgar.

Púsose al pie de una ventana, y cogiendo un bordado empezado púsose á trabajar sin ninguna afectación, mientras que la Duquesa examinábala atentamente sin perderla de vista ni un momento y con creciente interés.

—Es muy graciosa, — se dijo, — pero no puede constituir nunca un peligro. ¿Cómo os llamáis? — preguntó de pronto la señora de Rouévres levantando la voz.

—Marta, señora Duquesa.

—Ya lo sé, pero, ¿nada más que Marta?

Una nube de tristeza extendióse en un momento por el rostro de la joven.

—No tengo más nombre ni más apellido, señora, — contestó llenándose la los ojos de lágrimas.

—De modo que según se ve, estáis al servicio... dispensadme la palabra...

—Es la que expresa la verdad, señora.

—¿De la Condesa?

—Sí, señora Duquesa.

—¿Como lectora, señorita de compañía ó como quiera llamársele?

—Así es, señora.

—Me parece bien, y creo que no debéis tener mucho trabajo.

—No, señora.

—Supongo que la almiranta, cuando estábamos en el colegio, no figuró nunca entre los ensueños de Valentina, el de que había de llegar un día en que fuese esposa de un Almirante, os dejará bastante libertad.

—Bastante, señora, — contestó Marta, más atenta en la apariencia á su labor que á la conversación.

—¿Y cómo se la ocurrió á mi amiga la idea de traeros á esta casa?

—La señora Condesa estaba casi siempre sola, y el Almirante, al que su cargo obliga á viajar con mucha frecuencia, va muy poco á París.

—Ahora está allí.

—Así lo oí decir.

—Y yo le he visto. Vengo ahora de allí. Me explicó sus proyectos, y aunque algo

tarde se convirtió y desea pasar el verano en compañía de su familia. Esto es nuevo, porque dicho sea entre nosotros, es un sér bastante original.

Sonrióse Marta y no contestó.

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—Cuatro meses.

—¿Qué edad tenéis?

—Veinte años.

—¿En dónde nacisteis?

—No lo sé á punto fijo.

—¡Cómo! ¿No lo sabéis?

—No, por desgracia, señora Duquesa.

—Pero...

—Creo que fue en este país.

—¡Ah! ¡Creéis! ¿No estáis, pues, segura?

Inclinó Marta la cabeza y encendido rubor cubrió su rostro.

—¿Sabéis que es muy novelesca vuestra historia?—replicó la Duquesa.—¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—Lo ignoro.

—¿Y vuestra madre? A la madre se la conoce siempre.

—No lo sé tampoco.

—¡Ah!—exclamó la Duquesa sin poder dominar su asombro.

El acento conmovido, amargo, con que la señorita de compañía pronunció estas palabras enterneció á la Duquesa oprimiéndola el corazón. Pesóla el haber hablado, pero ya era tarde, y volviéndose hacia otro lado se puso á mirar con fingida atención una estatua colocada sobre una tallada consola.

—¡Qué bonito es ese barro!—dijo por decir algo.

La nube de tristeza que por un momento enrojeciera el rostro de Marta habiase disipado, y otra vez vagaba por sus labios su melancólica sonrisa.

—Creo que sueño cuando os escucho,—añadió la Duquesa,—¿en dónde pasasteis vuestra infancia?...

—En los primeros años en una aldea situada á algunas leguas de aquí, y después en un convento de Tours, en que estuve durante seis años.

—¿Y quién se cuida de vos?

—No me lo han dicho nunca.

—No podréis menos de convenir conmigo en que cuanto os sucede es extraordinario.

—No lo niego.

—Pero al menos recibiríais algunas visitas.

—Sí, en efecto; las recibí una ó dos veces.

—¿Quién fue á veros?

—Una señora enlutada, que además llevaba cubierto el rostro con un espeso velo, y que desaparecía sin decir ni una palabra.

—¿Y no fue nadie más?

—Nadie, señora.

—¿No os visitó algún hombre?

—Jamás.

—Esa señora sería indudablemente la que pagaba todos vuestros gastos, vuestra madre quizás.

—No lo creo, porque si hubiese sido mi madre habríalo adivinado.

—¿Lloraba al separarse de vos?

—Un día me pareció que sollozaba.

—Era vuestra madre; ¿no visteis nunca su rostro?

—No.

—¿Ni oído su voz?

—No.

—A lo que veo recibisteis una educación muy esmerada.

—Sí, excelente. Con mucha frecuencia decíame la superiora del convento: *Trabajad mucho y aplicáos, hija mía, que puede que más adelante necesitéis lo que hoy aprendéis.*

—Dispensadme si mis preguntas os molestan, hija mía,—contestó la Duquesa acercando su silla á la de Marta;—pero todo lo que me decís me llama la atención y me interesa de una manera extraordinaria. ¿En dónde estabais cuando la Condesa os trajo á su casa?

—En casa de lady Ellington, en sus haciendas de Brighton.

—¿Y qué hacíais allí?

—Daba lecciones á sus dos hijas.

—¿Hacía mucho tiempo que estabais al lado de lady Ellington?

—Unos dos años.

—Lady Ellington, ¿no es una amiga de la condesa de Kerhoët?

—Sí, señora. Se han conocido en París.

—¿Os trataban bien en su casa?

—Muy bien, señora Duquesa.

—¿Y accedió á separarse de vos?

—Á la señora de Kerhoët la interesó mu-

cho mi historia y la suplicó á lady Ellington que permitiese que me fuese con ella, y milady no quiso negarse.

—Como es natural, ¿hablaréis el inglés?

—Y el alemán y el italiano.

—Está bien,—contestó la Duquesa.—Una palabra nada más,—añadió, fijando en la joven una escrutadora mirada,—según veo estáis muy instruida y tenéis veinte años, pues bien, no podéis ignorar que existen en todas partes documentos con los cuales se prueba la identidad de una criatura, y para vos como para los demás, deben existir en alguna parte, ¿los habéis visto alguna vez?

Hasta entonces había respondido Marta con conmovedora sencillez, y sin separar los ojos del bordado, y al oír la última pregunta de la Duquesa levantó la cabeza y con voz que temblaba á pesar de sus esfuerzos:

—Sí, señora,—respondió.

—¿Y quién se presentó en el registro á declarar vuestro nacimiento?

—Un Médico que vive aquí; el doctor Montel.

—¿Y qué dice ese documento?

—Que no tengo padres conocidos.

Hacía Marta penosos esfuerzos para dominar su emoción mientras daba esas contestaciones, pero al decir las últimas palabras, no pudo contenerse más, oprimióse la garganta, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

—Siento mucho, hija mía, haber renovado vuestros pesares,—dijo la duquesa de

Rouévres con acento cariñoso,—perdonadme, y creed que agradezco en el alma vuestra confianza. Vuestra historia conmovió mi corazón, y os prometo que jamás saldrá de mis labios ni una sola palabra referente á ella.

—Mi deseo es el de que no se ocupe nadie de mí, y mi posición me relega á desempeñar un papel secundario con el que estoy muy resignada, y creo que haría muy mal en quejarme, porque sé que hay personas que son más infelices que yo.

Acordóse Marta al decir esto de su antigua amiga Rosa Godin, cuyo recuerdo no se separaba ni un solo instante de su memoria.

—¡Pobre Rosa!—pensó.—¿Qué habrá sido de ella?

La Duquesa, compadeciéndose de Marta, quiso distraerla hablando de las bellezas de Morville, de lady Ellington, de la casa de Brighton y de la isla Wight, pero su pensamiento tampoco estaba acorde con sus palabras, porque también la preocupaban graves cavilaciones.

La Duquesa perdiase en un mar de confusiones y conjeturas, cuando de pronto abrióse una de las puertas del salón.

—Aquí está la señora Condesa,—dijo la señorita de compañía poniéndose en pie, saludando á la Condesa y retirándose discretamente.

X

En los años transcurridos había cambiado muy poco el aspecto de Valentina de Kerhoët. Su rostro de rasgos delicados conservaba aún toda su frescura con un no sé qué de nuevo realce y con esa plenitud que constituye el colmo de la belleza y el perfeccionamiento de la forma. Sus ojos conservaban la misma viveza, sus labios el encendido carmín, su completa dentadura los reflejos del marfil, su piel ambarina la tersura, y en su negra cabellera no se veía ni una sola cana, ni en su rostro una arruga.

Al entrar y ver á su amiga fuése directamente á su encuentro tendiéndola las dos manos.

—¡Estás de regreso y no me dijiste ni una palabra! ¡Cuánto siento haberte hecho esperar!

—No me tengas lástima, porque el tiempo se me hizo muy corto gracias á que lo empleé charlando con la señorita de compañía.

—¡Con Marta!

—Sí, ese creo que es su nombre. No me habías dicho nunca nada acerca de tu proyecto.